

A woman is shown from the chest up, wearing a highly detailed red and gold dress with intricate lace and jewelry. The dress features a wide lace collar and a large, ornate brooch at the bust. The background is dark and textured.

UNA JOYA LEGENDARIA
EN MANOS DE MUJERES EXTRAORDINARIAS

CARMEN POSADAS

LA LEYENDA DE
LA PEREGRINA

La Peregrina es, sin duda, la perla sino más extraordinaria, más famosa de todos los tiempos. Procedente de las aguas del mar Caribe, fue entregada a Felipe II y desde entonces se convirtió en una de las joyas principales de la monarquía hispánica. Pasó por herencia por el joyero de varias reinas hasta que, después de la Guerra de la Independencia, fue llevada a Francia.

En ese momento comenzó la segunda vida de la Peregrina, cuyo momento culminante fue cuando, ya en el siglo XX, Richard Burton se la regaló en prenda de amor a otra mujer de leyenda: la inmensa actriz Elizabeth Taylor.

Confesando su inspiración a partir del clásico contemporáneo *El escarabajo* de Mújica Laínez, Carmen Posadas escoge como protagonista de su nuevo proyecto a un objeto destinado a pasar de mano a mano y a tener una trayectoria azarosa, aventurera y, sin lugar a dudas, digna de la gran novela que el lector tiene en sus manos.

A mi prima Cecilia Ramos Mañé, capaz de rastrear en internet las fuentes más olvidadas y pródigas, con gratitud, y también con la alegría del reencuentro al cabo de más de cincuenta años.

PRÓLOGO

Hasta ahora, en los cerca de cuarenta años que llevo dedicada al viejo oficio de juntar palabras, no había encontrado material literario más fascinante que el ser humano, sus pasiones e intrigas, sus luces y sobre todo sus sombras. Sigo pensando lo mismo, pero será porque me estoy haciendo vieja, que de un tiempo a esta parte he empezado a recuperar un modo de ver la realidad que se parece mucho al que tenía de niña. Entonces, pongamos que con tres, cuatro o cinco años, el mundo lo habitaban tanto personas como objetos y los segundos estaban para mí tan vivos como las primeras, tenían su personalidad y sus particularidades; podía, por tanto, odiarlos, temerlos, relacionarme con ellos. Descuiden. No es que me haya dado por hablar con muebles o abrazar estatuas. Pero debe de ser verdad eso de que con la vejez vuelve uno a recuperar la infancia, porque noto que empiezo a prestar más atención a esos silenciosos espías de nuestras vidas, mudos centinelas que ya estaban ahí antes de que nacióramos y seguirán estándolo cuando nos hayamos ido.

Todo empezó con cierta joya familiar olvidada y reaparecida tras la muerte de mi madre, un anillo con una gran piedra azul. Ella la había heredado de mi abuela en forma de colgante, que a su vez la recibió de la suya siendo entonces un broche y que aquí sigue, cuatro o cinco generaciones más tarde, distinta en cada una de sus reencarnaciones, pero eternamente joven después de ser testigo de vidas y pasiones, de tantos sueños cumplidos o plegarias no

atendidas. Andaba dándole vueltas a esta idea, preguntándome qué historias podría contar aquel zafiro de sus distintos dueños y si habría allí una posible novela cuando, buscando en internet información para uno de los artículos que escribo para el *XL Semanal*, fui a dar con un cuadro que conocía pero que nunca me había llamado especialmente la atención. ¿Por qué había de hacerlo? Al fin y al cabo, el retrato que Antonio Moro hizo de María Tudor no es de los más interesantes de su autor y la modelo dista mucho de ser una belleza. Aun así, esta desafortunada mujer, que fue reina de Inglaterra y segunda esposa de Felipe II, y a la que la historia recuerda como María la Sanguinaria, luce en el cuadro una espléndida y solitaria perla. ¿Sería la famosa perla Peregrina?, me pregunté. Tenía que serlo. En alguna parte había oído comentar que Felipe II se la regaló el día en que se casaron.

La Peregrina. La perla más codiciada de todos los tiempos. En aquel momento solo sabía que, casi medio milenio más tarde, acabó en el joyero de Elizabeth Taylor. Pero ¿cómo llegó de Felipe II a Hollywood? ¿Por cuántas manos hubo de pasar, en cuántas historias de amor, de desamor, de traición, de abnegación, de codicia y de sangre se habría visto involucrada?

Si los objetos hablaran. Si fueran capaces de contarnos sus secretos más inconfesables. También los más alegres, divertidos y hasta chuscos porque de todo debe de haber visto esta «perla pinjante en forma de pera de buen color y buen agua» —así es como se la describe en la testamentaría de Felipe II antes de añadir—: «que no está perforada, sino que cuelga de un pernito de oro y que su peso es setenta y un quilates».

Yo no sé hacer hablar a los objetos, pero La Peregrina habla por sí sola. Lo hace desde los cuadros de los grandes maestros que a lo largo de su existencia la pintaron: Antonio Moro, Pantoja de la Cruz, Van der Hamen, Rubens, Velázquez... Y habla además desde los libros de historia y

desde las memorias de ilustres viajeros como la controvertida condesa D'Aulnoy, quien al verla un caluroso día del Corpus prendida en el sombrero de Carlos II el Hechizado la describió como «extraordinaria y tan gruesa como una perita pequeña». O el duque de Saint-Simon, que la admiró en tiempos de Felipe V y también la menciona en sus memorias.

Con estos mimbres he ido trenzando su historia. Lo más difícil ha sido resistir los cantos de sirena que intentaban arrastrarme hacia las muchas y falsas leyendas que se han tejido alrededor de la Peregrina, cuyo nombre, por cierto, no se debe al hecho de haber peregrinado de mano en mano a lo largo de tantos siglos, sino que tiene que ver con la quinta acepción de la palabra, la que sirve para describir aquello que se considera raro, extraordinariamente bello o único.

La Única, la Sola, la Solitaria... con estos nombres se la conoció también en alguna de sus muchas vidas, pero ¿por cuál de todas ellas empezar? ¿Por la primera, cuando un esclavo la encontró en el Archipiélago de las Perlas allá en Panamá? ¿Por el momento en que llegó a manos de Felipe II? ¿O debería tal vez empezar por la (pen)última de ellas, cuando Richard Burton se la regala a Elizabeth Taylor un día de San Valentín? Sí, creo que empezaré por ahí. He aquí lo que la propia Elizabeth Taylor cuenta de ella en su autobiografía^[1]:

[...] Me encontraba rodando una película en Las Vegas. Cuando Richard no estaba trabajando se ponía siempre de un humor negro e irascible. Acababa de regalarme la Peregrina y Ward Landrigan, de la casa de subastas, nos la había hecho llegar desde Nueva York. Pendía de un finísimo collar en forma de cadeneta de platino rematado de diminutas perlas, y me encantaba sentirla colgando de mi cuello. La perla era tan táctil que no podía dejar de acariciarla.

La historia de esta perla es muy fuera de lo común. Al comprar la Peregrina, nos entregaron un librito con su historia y

su árbol familiar, así como un listado de las personas que la habían poseído. Era simplemente increíble.

Sin embargo, antes de hablar de sus dueños, sucedió algo que debo contar:

No hacía mucho que me habían traído la Peregrina desde Nueva York. La perla colgaba, como digo, de una delicada cadenita que yo apretaba en mi mano como un talismán, mientras caminaba de acá para allá en nuestra habitación del Caesar's Palace —teníamos reservada la planta superior entera para nosotros, y el equipo de rodaje ocupaba casi la otra mitad—. Me sentía resplandeciente, como en un sueño, y quería gritar de alegría, pero Richard tenía uno de sus días «galeses»... Bueno, él es galés, por lo que a veces su alegría era perversa y se volvía oscuro. Pero cuando yo me siento feliz, necesito demostrarlo y lo grito y lo aúllo. Solo quería lanzarme sobre él y besarlo por todas partes. Pero conocía bien a Richard, y sabía que no era el momento de mostrarse demasiado efusiva. En cualquier caso, no había nadie más con quien hablar, nadie a quien enseñarle la joya, y ¡yo estaba a punto de volverme loca! En un momento dado fui a tocar la perla... Y ¡ya no estaba! Miré a Richard y, gracias a Dios, él no me estaba mirando. Me fui al dormitorio y me tiré encima de la cama. Con la cabeza enterrada en las almohadas me puse a gritar.

Lentamente, y con mucho cuidado, reconstruí en mi cabeza cada paso que había dado en el dormitorio. Me quité los zapatos, las medias y a cuatro patas me puse a tantear y buscar la perla por todas partes... y nada.

Pensé: tiene que estar en el salón, delante de Richard. ¿Qué voy a hacer? ¡Me va a matar! Porque él adoraba esa pieza. Todo lo que fuera histórico era importante para él, y esta perla es única en el mundo. Es una de las piezas más extraordinarias que jamás han existido. Yo sabía que en el fondo se sentía orgulloso, y que eso era lo que, de vez en cuando, le hacía andar por ahí como un personaje de cómic con una nube negra tronando sobre su cabeza.

De modo que salí y, tarareando tralalá tralalá, me puse a andar de aquí para allá por toda la habitación, buscando sentir la perla con mis pies descalzos. Intentaba parecer tranquila y como si tuviera algún objetivo, pero por dentro me sentía a punto de vomitar. Levanté la vista para mirar a mi pequinés blanco, y al otro pequinés, color caramelo, que era de Richard. Dios mío, ¡cómo adoraba a ese perro! Era su hora de comer, y los cachorritos devoraban felices sus cuencos de comida. Mientras los miraba, diciendo: «Hola, mis bebés pre-

ciosos...», de pronto noté que uno masticaba un hueso. Tardé una eternidad en caer en la cuenta. «Un momento —piénsese—, nosotros no les damos huesos a nuestros perros, ¡y mucho menos si son cachorros! ¿Qué es lo que está masticando?». Tuve que morderme la lengua para no gritar de nuevo. Con mucha naturalidad abrí la boca del cachorrillo y dentro estaba la perla más perfecta del mundo. Y gracias a Dios no estaba arañada.

Al final, acabé contándoselo a Richard. Pero ¡tuve que esperar por lo menos una semana!

PRIMERA PARTE

DE CÓMO SALIÓ LA PEREGRINA DE LAS
AGUAS
Y DE LA HISTORIA DE AMOR QUE LA ACOMPA-
ÑA DESDE ENTONCES

Año: 1579

Lugar: Archipiélago de las Perlas, Panamá

—Despierta, Lumba, otra vez estabas soñando. Tranquilo, amor... No es más que una de tus pesadillas... Falta mucho para que suene la campana y ellos hagan restallar sus látigos, la luna aún no se ha escondido; descansa.

Lumba la miró, era tan bonita. Aila y Lumba se habían conocido diez meses atrás, pero él tenía la sensación de que llevaban juntos una vida entera. Según Aila, eso era porque sus *eggun* debían de haberse unido, allá dondequiera que vivan los espíritus, muchos siglos antes de que los dos fueran llevados hasta las Indias, encadenados como animales en la bodega de la gran nave en la que cruzaron el Atlántico. Solo dos de cada cinco esclavos lograban sobrevivir a la travesía y las mujeres —apenas unas niñas, los negreros las querían jóvenes— eran sistemáticamente violadas durante el trayecto. De este modo, se mantenía contenta a la marinería y, si quedaban preñadas, mejor que mejor, más rendimiento se le sacaba a la mercancía, dos por el precio de uno. Porque una esclava embarazada valía entonces más que un esclavo: una vez parida, podía usarse como ama de cría, mientras que al hijo a los tres o cuatro años lo ponían a recoger algodón. Algunas muchachas ni siquiera podían aspirar a tan triste suerte. El maltrato, el horror y los partos en condiciones infrahumanas, unidos a la mugre, las bubas y los miasmas, hacían que muchas se convirtieran en pasto de tiburones antes de llegar a América.

Estas y otras penalidades había visto o vivido Aila antes de conocer a Lumba, pero todo lo daba por bueno con tal de haberlo encontrado. En el tiempo que duró la travesía a

las Indias, sus miradas se habían cruzado varias veces sin poder hablar ni tocarse, encadenados como estaban, cada uno en un extremo de la bodega. Fue luego, ya en tierras de Panamá, cuando el destino los unció tomando la forma de los dobles grilletes con los que emparejaban a los esclavos antes de llevarlos al Techado. Tal era el nombre que los blancos daban a una especie de chamizo bajo y sin paredes situado en una zona especialmente bulliciosa del puerto. Allí los exhibían a los compradores, mojados como si fueran relucientes caballos y completamente desnudos.

—¡Miren aquí, sus mercedes, un negro de unos dieciséis años sano y sin tachas!

—¡Ahora una negra conga de unos quince años con todos sus dientes y preñada!

—¡O esta recién parida y su cría! ¡Las dos sanas y hermosas!

Los compradores que se interesaban por la mercancía se detenían ante los ejemplares que llamaban su atención. Les abrían la boca para examinar la dentadura, palpaban luego sus pechos, sus ancas; a las mujeres les metían un par de sucios dedos por la vagina con aire de tratante de ganado y mirada concupiscente.

Un comprador acababa de acercarse a Aila. Bajo un sombrero de paja sudado, se entreveían unos ojillos duros y negros, también una nariz partida y una boca desprovista de dientes.

—¡A ver, tú! Da un paso al frente —ordenó, iniciando la rutinaria inspección.

Aila cerró los ojos y los mantuvo apretados todo el tiempo que duró el ultraje. Cuando los abrió, lo primero que vio fue a Lumba. Había logrado zafarse de sus ataduras y se abalanzaba ya sobre aquel tipo.

—¡Atajad a ese salvaje!

—¡A mí, por caridad, que me mata!

Hicieron falta tres hombres para reducirlo y, una vez en el suelo, con la cara aplastada por la bota de uno de ellos,

el capataz se disponía ya a demostrarle quién era el amo cuando una voz se alzó sobre las muchas airadas que co-reaban:

—¡Cuidado, tiene al diablo en el cuerpo!

—¡Matadlo, voto a Dios!

—¡Acabad con él! Un negro así solo trae problemas.

—Yo lo quiero.

—¿Cómo dice vuestra merced?

—He dicho que quiero comprar ese esclavo. —Quien así hablaba era un hombre de baja estatura y hechuras de barrica, calvo y con unos pies demasiado grandes para su tamaño. Aun así, una extraña autoridad emanaba de sus ojos, que era claros, transparentes—. También la quiero a ella —añadió, señalando a Aila—. Espero que me ajustéis un buen precio. Me da a mí —sonrió, dejando al descubierto una dentadura inesperadamente blanca y perfecta— que os hago un favor aligerándoos de dos problemas. ¿Cómo te llamas? —preguntó, dirigiéndose a Lumba, que, ensangrentado y maltrecho, intentaba ponerse de pie. Y luego añadió—: ¿Sabes nadar, muchacho?

—Mi nombre Lumba, para servirle —respondió él en el rudimentario portugués entreverado con español que había logrado captar durante la travesía—. Y sí, sé nadar, señor, yo crecer junto a gran río. Ella igual —aseveró, mirando a Aila sin saber si era cierto lo que afirmaba.

—Chico listo. Me da a mí que es de los que aprenden sin que se le enseñe. Es justo lo que necesito.

—No se fíe su merced, que los avispados son los peores —intervino otro de los vendedores—. Mire, en cambio, este salvaje que aquí tengo. Alto como una torre, duro como el pedernal y con el cerebro de un mosquito, con él no tendrá cuitas.

—Los quiero a ellos dos —insistió el comprador—. ¿Cuánto pedís por la pareja?

—¿Puedo preguntar qué uso piensa su merced dar a los salvajes? Así podré aconsejarle sobre otros ejemplares que

le convengan —sonrió aquel tipo, viendo posibilidades de hacer más negocio—. ¿Los quiere para carga, para uso doméstico, para recoger algodón, quizá...?

El caballero no vio oportuno responder a sus preguntas. Pagó sin regatear el dinero que pedían por Lumba y Aila y luego ordenó al vendedor que cubriera sus desnudeces.

—Ningún ser humano merece ser exhibido como un animal —dijo mientras él mismo ayudaba a Aila a ponerse la rústica camisola que le brindó, muy a regañadientes, otro de los negreros, una que apenas servía para tapar sus vergüenzas.

—¿Quién demonios es este tipo y qué carajo se ha creído? —comentó el segundo de los capataces al tiempo que recogía del suelo su látigo y golpeaba con él la caña de sus botas.

Pero también esa pregunta habría de quedar sin respuesta.

* * *

Lumba y Aila no tardarían en averiguar quién era don Vicente de Tolosa, dueño de la mayor pesquería del Archipiélago de las Perlas, un conglomerado de islas que se extendía al lado oeste del istmo de Panamá en el recién descubierta mar de Balboa. Y pronto supieron también, gracias a Romualdo —un negro viejo que servía como esclavo doméstico en la casa de don Vicente—, otros útiles retazos de información sobre el lugar al que los habían conducido.

—Estas islas, y en especial isla Rica, que es donde con toda seguridad os llevarán mañana —comenzó explicando Romualdo—, guardan un inmenso tesoro. Sus aguas esconden conchas grandes como parasoles en las que se crían perlas, algunas tan gruesas que pueden alcanzar el tamaño de una oliva de las más gordas y lustrosas. El amo lleva años aquí, antes incluso de que trajeran esclavos negros a estas costas. Como no tiene familia ni nadie con quien ha-

blar y a mí me gusta escuchar, me cuenta cosas. Por eso sé que, cuando él llegó, eran los indios quienes las pescaban y los blancos los engañaban cambiándoselas por baratijas y cuentas de colores. Bueno, eso cuando no los molían a golpes para que confesaran dónde se encontraban los más ricos caladeros. También los aterrorizaban con perros de presa *traíos* del Viejo Continente. Aquellos infelices, que nunca antes habían visto fieras así, las tomaron por criaturas del infierno. Y bien que lo eran, porque, una vez que cataban la sangre, no había modo de pararlos. Por eso, no a mucho andar, de aquellos *desgraciaos* apenas quedó ninguno, así que *tuvieron* que traer a esclavos negros *pa* hacer el trabajo. Pero bueno —continuó el negro Romualdo—, *to* eso era antes. Don Vicente es buen amo. Incluso *tie* una ley que dice que el esclavo que consigue pescar una de esas grandes perlas compra con ella su libertad.

—¿Y el amo la cumple?

—Sí, pero *tie* que ser pieza en verdad extraordinaria. Solo sé de dos veces que apareciera una con tales hechuras. La primera dizque la pescaron mucho antes de mi tiempo, y *na* puedo decir de ella, la segunda apareció hace unos veinte años. Esa la pude ver con mis propios ojos y era *ansí* —explicó Romualdo, señalando un tamaño que a Lumba y Aila les pareció hartó exagerado. Pero las grandes perlas son cosa de Mandinga. Nacen en aguas tan hondas que, a los que bajan por ellas, se les revienta *to* por dentro. Algunos mueren *na más* salir del agua. Otros *piacen* tan sanos ese día pero al siguiente empiezan a echar sangre y espumarajos por la boca, *igualico* que si un mengue se les hubiese *comío* las entrañas. A algunos con más suerte, en cambio, no les pasa *na*. *Tó* depende de los *eggun*, de los espíritus de cada uno, supongo.

—¿Qué ocurrió con el esclavo que pescó la segunda gran perla? ¿Lo protegieron sus *eggun*?

El viejo negó con la cabeza.

—Pero ¡hay que ver qué perla la suya! —continuó poco después—. Me *piace* la estoy viendo *ahoritica mesmo*, bien redonda en la parte de arriba pero luego se alargaba, *iguallica* que una lágrima, hasta acabar con una muesca, sí, eso es, con una marca en forma de cruz *justico* en la base. No era dizque de las más codiciadas porque esas han de ser perfectas, sin tacha y con las hechuras de una pera pequeña. Pero como era *mu* rara, y además tenía la señal del Dios de los blancos en la base —explicó el viejo—, el amo decidió que debía cumplir su promesa y poner en libertad a quien la descubrió.

—¿Pero no dijiste que el esclavo murió al pescarla?

—Eso dije, pero tenía mujer e hijo y a ambos dejó libres el patrón.

—Y ¿qué pasó con la perla?

—Don Vicente la vendió a un señor *mu* principal. Luego supimos que ese caballero se la había llevado a España para dársela al rey que, a su vez, se la regaló a una de sus esposas.

—Ah, pero ¿tiene varias?

—Eso he oído decir al patrón. Es una de sus historias favoritas, y si a él le place contarla, a mí me gusta repetirla *pa* que se vea que entre los blancos pasan las *mesmitas* cosas que entre los negros. Según mi amo, el segundo de los Felipes, que es el rey más poderoso de *toa* la tierra y en cuyos dominios no se pone el sol, tiene *mu* mala sombra en amores. Cuatro veces se ha *casao* y *tresse* le han muerto. Ojalá la cuarta reina que ahora tiene no siga tan negra suerte...

* * *

La historia de los quebrantos amorosos de Felipe II no impresionó en absoluto a Lumba. Pero sí en cambio la de las grandes perlas que compran la libertad de un esclavo, y fue entonces cuando comenzó a soñar.